

GEDEÓN ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA



SEMANARIO SATÍRICO

Se publica los jueves

DIEZ CÉNTIMOS el número

Administración: Costanilla de los Ángeles, 1

TELÉFONO 1.125

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.	1,50 pesetas.
Año.	6 "
Provincias y Portugal, trimestre.	2 "
Año.	10 "
Número atrasado.	0,50 "
25 ejemplares.	1,50 "

AÑO I.

Madrid 12 de Diciembre de 1895.

NÚM. 5.

EN LA MANIFESTACION

Primer lunes clásico



—¿Y aquel entierro que pasa?
—Es el tuyo.
—¡Muerto yo!
—Cabriñana te mató
a la puerta de la Casa
(de la Villa).



El Gobierno, el paternal Gobierno que disfrutamos, no quiso, amigo Michigáñez, que fuesen a la manifestación los serenos, y, a pesar de todo, la manifestación resultó el acto más sereno de la historia contemporánea.

Si cuando Cánovas da en equivocarse, es capaz de errar a un senador vitalicio!

Pero yo, con lo que han dicho después los periódicos, tengo todo el cuerpo en carne de Castelar. ¡Figúrate que se había dado orden a la artillería de que cargase los cañones con metralla! ¡Nuestro paternal Gobierno pensaba ametrallarnos! Y todo por el delito de no creer en la limpieza de algunos concejales y en la formalidad de un par de ministros. Pues si además hubiéramos añadido que el Sr. Cánovas es un literato más solitario que su tío, porque nadie se siente con fuerzas para leerle, ¡que hubiera sido de nosotros!

Mé aterra el pensarlo, amigo Michigáñez; hubiera mandado a la artillería cargar los cañones con sus versos a Elisa. ¡Qué mortandad más espantosa! ¡Todos los cañones hubieran reventado!

Pero, eso sí; para la manifestación no hizo alarde de fuerzas. ¡Que había de hacerlos! Ciertamente llenó Madrid de caballería, pero en cambio tuvo a todos sus amigos y paniaguados encerrados en las oficinas públicas. El comercio hizo un cierre de tiendas, y el un cierre de empleados. Si llega a cerrar también las casas de juego, ¡albur! Madrid resulta más cerrado que el mismísimo duque de Tetuán.

Además de la caballería, sacó a la calle todos los tercios de la Guardia civil, pero no sacó a Castellano, que es el tercio más rigurosamente medido, y con la Guardia civil echó, asimismo, a las vias cuadradas el cuerpo de Orden público y la policía secreta de que dispone. A todo esto, las tropas de la guarnición estaban en sus cuarteles con traje de marcha, los jueces reunidos en el juzgado de guardia con el papel de enjuiciar a mano, los párrocos en las sacristías con los Santos Oleos dispuestos, y el puntillero al tercer golpe, quiero decir, Cos Gayón, en su Ministerio, con una mano en la perilla y otra en el botón del teléfono, decidido a descargar sobre los manifestantes el golpe de Gracia y Justicia. ¡Pero todo eso no significa que el Gobierno hiciera alarde de fuerza! Al temible conde de Peña Gamigo no se le vió por ninguna parte, ni se pusieron tampoco cartuchos de dinamita en el camino de la manifestación.

El Gobierno, digan, pues, lo que quieran los periódicos, no abusó de su fuerza; podía haber traído las tropas de Cuba, y no lo hizo; podía haber situado en el estanque del Retiro una escuadra al agua, mandada por Beranger, y tampoco; podía, en fin, haber soltado entre los manifestantes un concejal putrefacto para hacer estallar el cólera y la cólera, y nada. Se contentó con estarse achantadito en la Presidencia y tener a los serenos en sus respectivas demarcaciones. ¡Cuanta serenidad! Amigo Michigáñez, te lo aseguro con toda mi alma: esta situación es insustituible. España puede dormir tranquila: los ministros hacen de serenos en la Presidencia del Consejo, y los serenos de ministros en los correspondientes barrios. El sueño en la nación está asegurado; los concejales pueden andar sueltos.

—Y de la manifestación, Gedeón-amigo, qué me dices?

—Que fué un espectáculo admirable; tal vez demasiado ordenado y solemne, acaso demasiado ingles; pero con los Municipios que nos gastan, ¡que no nos resultará inglés a los pobres madrileños!

—Alguien dijo que parecía un entierro.

—Sí, un entierro civil ó de guardias civiles; hasta a las estatuas de Daoiz y Velarde les había puesto el Gobierno sus correspondientes tricornos. A mí, por lo pausada, por lo solemne y por lo interminable, me pareció un discurso de Rodríguez San Pedro sin palabras.

—Cánovas asegura que se veían en ella muchos claros.

—Naturalmente, como que era para protestar contra los negocios obscuros.

—Dice también que no tuvo importancia, porque no fue Castelar.

—Pata. Tampoco fue Carvajal, y eso que el acto se anunció para las dos.

—Añade, en suma, que los manifestantes no pasarian de ocho mil almas.

—Alto ahí, amigo Michigáñez. El Sr. Cánovas puede decir lo que quiera, porque al fin y al cabo es un monstruo, y anda un poco resentido de la vista; pero tú no debes de repetirlo. Si todos los manifestantes que pasaban de esos ocho mil te hubieran dado un tirón de las narices, siendo como eres más chato que Becerra, nada habrías tenido después que envidiar al marqués de Vadillo. El Gobierno pretende rebajar el número de los manifestantes; pero de todos modos siempre resultará aquel un número entero, mientras que el Ministerio es ya un quebrado. En materia de números, Michigáñez, como decía don Hermógenes y repite hoy Navarro Reverter, todo es relativo. El Gobierno asegura que no fueron a la manifestación más que cuatro gatos. Bueno. Si la hubiesen hecho los otros, ¿cuál hubiera sido el número de ratas?

—Y qué te parece a ti, Gedeón, ¿será cierto que va a caer el Gobierno?

—Eso nadie lo puede decir más que Nido. Cuando caiga Cánovas, se caerá desde el. De todas maneras, Michigáñez, conste que la manifestación del lunes fue un acto importantísimo, que terminó de una manera sublime.

—¿Cómo?

—Enviando la estatua de Colón al general Martínez Campos un expresivo telegrama.

—¿Y qué decía?

—Lo siguiente:

«A pesar de los deseos del Gobierno, no he salido hoy de Palos. Dáselos en mi nombre a los filibusteros. Tayo, Cristóbal.»



EL UKASE

Yo, el bajá de Madrid, que ordeno y mando al estilo turquesco, liso y mondo, sin mesura en la forma ni en el fondo a mi buen pueblo endilgo aqueste bando:

«El que parado esté y el que esté andando irá del Principal a lo más hondo.

¿Quiere ir recto? Virar le haré en redondo.

¿Quiere volver? Pues ya volverá blando.

¿Por la acera quiere ir? Pues, al arroyo.

¿Quiere ir por el arroyo? Por la acera.

¡Guay del pueblo si gruñe ó si se irrita!

Que si el quiere al Gobierno echar al hoyo con el Gobierno estamos yo, Morera, Morlesin, Valdeiglesias, Osma y Pita,

AQUÍ NO HA PASADO NADA

Desde Rancés con su figura basta, a Salmerón, con su perfil krausista; desde Cesáreo Sanz, menuda arista, hasta Aguilera, cuya sombra aplasta; desde Tamames y su altiva casta hasta Emilio Mesejo, el gran artista; desde el flamante grupo silvelista hasta los viejos tercios de Sagasta, graves marchando, en guisa de protesta, el paso lento y la mirada adusta llegaron a la hora señalada, y al ver tan pronto terminar la fiesta, mohino el conde restalló la fusta, miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.



LA SIESTA DE DON ANTONIO

PARÁFRASIS DE UNA LEYENDA EÚSKARA

Corría el lunes, 9 de Diciembre; corría hacia el Prado, hacia Recoletos; hacia el Botánico, hacia Atocha, y corría de tal modo, que bien pronto las dependencias oficiales se vieron sumidas en un mar de oscurísimo y fatal.

Don Antonio, viendo que el pueblo en masa huía de él como de un apestado, se encerró en la Presidencia y buscó remedio, ó al menos distracción para sus desdichas, en la compañía de sus cofrades de Gabinete y en una compañía de la Guardia civil.

Estoy triste, me aburro—decía el dueño y señor de todo lo creado por los conservadores.—¡Baila, Castellano, baila una jota!

—¿Con quien? ¿Con Beranger?

—No; ese no sabe jota.

Y Castellano bailó al son que le tocaba D. Antonio, sin lograr el alivio de los males de éste.

—Me aburro, me aburro; Bosch, ábreme tu pecho, llora al lado de mí, lloraremos juntos; que lllore Romero con nosotros también.

Y lloraron los tres a raudales, hasta que acudió Valdeiglesias con un número de *La Epoca*, que, es el paño más grande de las lágrimas conservadoras.

—Me aburro, estoy triste; oye tú, Tetuán: tú que mandas en Castellón de la Plana, ¿por qué quieren enmendarnos la plana los de Silvela?

El duque bajó la cabeza tristemente, y besó con fervor una estampa de San Arsenio.

—¡Oh! ¡qué aburrimiento! ¡qué desesperación! ¡qué pata la de estos hombres! ¿No veis cómo estoy? Si no es para mi distracción, ¿para qué servís en esta vida? Tú, Reverter, trae el último ochavo de la Hacienda, y nos jugaremos el poder a cara ó Pablo Cruz.

—No, no, D. Antonio, por Dios; se lo pedimos a usted de rodillas para parecer todos Castellanos.

—Alzad, pero distraedme; Cos Gayón, canta; recuérdame nuestros tiempos infantiles.

Y Cos Gayón cantó a palo seco:

Dicen que vienen los rusos por las ventas de Alcorcón...

—¡Oh! Los rusos, no; ¡qué cosas tienes!

—Yo acabare—exclamó Azcárraga volviendo a la copla:

Dicen que vienen los rusos por las ventas de Alcorcón.

Esos que parecen rusos,

son mi mejor escuadrón.

—¡Marchaos! ¡Marchaos todos!—rugió exasperado D. Antonio.—Dejadme a solas con mis dolores.

—¿Miss Dolores? ¿qué inglesa será esa?

—Quiero reclinarme, descansar, soñar, dormir la siesta como si estuviéramos en Agosto.

—Y en Agosto estamos, señor; pero es para los fusionistas.

Todos los ministros salieron de la estancia compadecidos de la situación en que quedaba D. Antonio, no sólo por la tristeza de su ánimo deprimido, sino por haber agarrado para dormirse no se qué librote de Fabie.

Y D. Antonio empezó a dormirse con aquellas historias de América; la asociación de ideas le hizo pensar en la historia patria, y su orgullo se exaltó al considerar que el había venido al mundo político para continuarla; leyendas y episodios medioevales, arremolinaron su fantasía, octosilabos del romancero y proezas de héroes legendarios se apoderaron de su imagin, y el sueño vino a sus párpados mezclado con las brumas de aquellos picachos de Roncesvalles, donde sus lentes de miope querían hacer mella lo mismo que si fueran la propia espada de Bernardo del Carpio.

La leyenda de *Atlabizaren cantuá*, la popular conseja del país vasco, vino a la memoria, de D. Antonio, durmiente, algo desfigurada por el tiempo y arreglada a las exigencias de la época.

«Un grito ha salido del centro mercantil de la montaña de los Eskaldunaks y el Etxeke-Jauna (el hacendado, el señor de casa solariega) de pie delante de su Huerta, aplicó el oído y dijo: ¿qué es esto? Y el perro del propio hortelano se levantó, y sus ladridos resonaron en todos los alrededores de la Guindaleira,

«Un ruido retumba en los collados de Atocha, se filtra por los cerros del Botánico, y avanza por los aguaduchos de Recoletos: es el sordo murmullo de un ejército que avanza, sin armas ni gritos, formidable por la mancha oscura de su masa y amenazador por el silencio de sus filas. Los nuestros le han respondido desde las cimas de todos los montes, de todas las chirlatas han tocado su cuerno de buey, y el Etxeke-Jauna aguzó sus flechas.

«¿Que vienen! ¿que vienen! ¡Oh qué bosque de cañas, próximas a convertirse en lanzas! ¡Cuántos puñales florentinos! ¡Cuántos hierros en fusión! ¡Que de colores rojos, amarillos-Sagasta y Villaverdes! Morlesin, ¡cuentalos, cuentalos bien!

«Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte...

«Veinte, y aún quedan millares de ellos: sería ocioso quererlos contar! Unamos nuestros nervudos brazos, arranquemos de enajo esas peñas, y lancemos las dos, Peñalver y Peña Ramiro, sobre sus cabezas. ¡Aplastemoslos! ¡Matemoslos!

«Y ¿qué tenían que hacer en nuestros cerros de Ubeda estos hijos del Mediodía (estación de)? ¿Por qué han venido a turbar nuestro reposo? Cuando Dios hizo la montaña conservadora, fue para que no la franquearan los demás hombres. Pero las peñas-ramiros y las peñalveres caen rodando y aplastan al invasor; la sangre silvelista corre, las carnes de la fusión palpitan. ¡Que de perones molidos! ¡Que mar de sangre!

«Huid, huid los que todavía conserváis fuerzas y pieraas de Aguilera. Huye tú, Sagasta, con tus charréteras y tu morrión; ya ves a tu mejor caudillo, a Maura desdichado, tendido al pie de una cuba que le arrojaron los nuestros; huid, huid comerciantes a vuestras tiendas y silvelistas a vuestras trastiendas.

Y ahora, Eskaldunaks, bajemos de Peñalver y de Peña Ramiro, bajemos aprisa lanzando flechas a los fugitivos.

«Huyen, huyen. ¿Qué se hizo aquel bosque de cañas, próximas a convertirse en lanzas? Ya no despiden resplandores los puñales florentinos ni los hierros en fusión. ¿Cuántos son, Morlesin? Veinte, diecinueve, dieciocho, diecisiete, dieciseis, quince, catorce, trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, ninguno...»

«Ninguno! Ni Balaguer queda siquiera para cantar la ruina de los suyos, ni Cavestany para entonar el himno ruso.

«Por la noche, las águilas de la secreta vendrán a comer todas esas machacadas carnes de membrillo y los perones blanquearán eternamente.»

(Es arreglo, aunque no de los arreglos que se hacen en la Casa de la Villa.)

GEDEÓN MANIFESTANTE

Confundido en el montón, fui a la manifestación. ¿Como había de faltar? Por si no iba Castelar tenía que ir Gedeón.

Y allá me fui, sin partido, como quedará Romero después de lo sucedido, si Bosch se marcha corrido y le abandona el Huevero. Y, es claro: vi lo que había, lo que con la gúa viril el gran tribuna pedía; la mar de caballería y mucha guai día civil.

Y esa gente cilla inquieta de almas y rostros feroces que el motín arma o sujeta; vamos, los de la secreta... los de la secreta a voces.

Y en actitud imponente, mucha, muchísima gente que marchaba hacia adelante con la calma indiferente del que va a decir: ¡bastante!

Ni un grito ni una cuestión, nada que oliera a motín; saludamos a Colón y se dió termino y fin a la manifestación.

¡Vamos que la plancha ha sido de las que harán en Europa más escándalo y más ruido!.. ¿Para eso se han reunido tanto guardia y tanta tropa?

Ni un susto, ni una carrera, ni un conato de asonada, ni un grito de viva o muera, ni un muerto, ¡ni uno siquiera! ¡Esto no es país ni es nada!

Por Romero, siempre vivo, ya antes, con otro motivo, se cerró Madrid entero, que en esto tiene Romero el privilegio exclusivo.

Pero entonces hubo un rato de tiros y de agonía, y de furia y de arrebatos; hubo, en fin, el aparato que el argumento pedía.

El lunes, ni un imprudente, ni una palabra de más, ¡que silenciosa corriente! fuma que fuma la gente, y escucha que escucha.

Bien claro me lo decía alguno, que comparó un día con otro día: Esto es, que el tiempo varia. Si; pero Romero, no.



Gedeón y Salmerón (D. Nicolás) son muy amigos y antiguos condiscipulos.

Juntos asistieron a la manifestación del lunes, y entre ellos se entabló este sencillo dialogo:

Gedeón: Oye, Nicolás: ¡mira que si ahora cargasen los civiles!

Salmerón: ¡Ah! ¡Yo protestaría en nombre de la humanidad y de los derechos inalienables!

Gedeón: Yo por ti lo sentiría, porque, ¡ya ves que apuro! ¡como tú no puedes jurar!

Un periódico hablando del acto del lunes:

«El cielo, asociándose al acontecimiento con todas sus galas, le ha dado mayor relieve.»

Eso si: hizo un día hermosísimo, una temperatura verdaderamente de oposición.

Es lo que decía Piave:

—Ya se conoce que el tiempo es de Silvela.

Sigo leyendo:

«Se ven a todos los ex ministros del partido liberal sin faltar ninguno.»

Claro. Para eso estaba allí la Guardia civil.

Para que no faltasen.

Gedeónada de la manifestación:

—«Esto es de lo que no se ha visto nunca en España—decía un hombre muy importante,—lo que constituye la urdimbre, la trama de la tela social, ha salido a la superficie sobreponiéndose a lo superficial».

Este párrafo fue muy aplaudido por el gremio de los sastres.

Apenas llegó la procesión cívica a la plaza de Colón, surgió la idea de dirigir un telegrama al ejercito de Cuba.

¿De quien fué la idea?

Unos la atribuyen a Mellado, otros a Moret, otros ¡ay! a Maura.

Yo creo que la idea fué del propio Colón, el único que piensa en America y sólo en America.

Por cierto que el telegrama lo firmaron todos los jefes de partido, todos los directores de periódicos y D. Alberto Aguilera.

—¿Por que este?—se preguntará el lector curioso. Porque era el representante de Gedeón en la fiesta. Mil gracias, D. Alberto, y hasta otra.

De lo mismo:

«Durante el tiempo que ha durado la manifestación, han permanecido en el despacho del juez de guardia el presidente y el fiscal de la Audiencia y todos los jueces de Madrid.»

¿Nada más?

A fe que el Gobierno es poco previsor.

¿A quien no se le ocurre llamar al verdugo también?

Como la manifestación debía empezar a las dos en punto, el regimiento de caballería de la Reina se colocó en las proximidades del cuartel de los Docks.

Si hubiera empezado una hora más tarde, el citado regimiento se hubiese situado en las inmediaciones del cuartel de los Trecks.

El único establecimiento que no se cerró el lunes en Madrid fue el café de Platerías.

Se comprende que lo dejasen abierto.

Para recibir a los platados.

Parece que agentes subalternos de la autoridad trataron el lunes de amedrentar a los carboneros para evitar que cerrasen sus tiendas.

¿Que tal? No pueden estar más claros los propósitos del Gobierno.

Quería que hubiera cisco.

Y leña.

A consecuencia de la manifestación, todo se han vuelto números, matemáticas y cálculos integrales, diferenciales y biliares entre amigos y enemigos del Gobierno.

El Liberal, El Imparcial y La Correspondencia, vienen sumando.

El Tiempo, hace prodigios de multiplicación.

La Epoca y El Nacional, restan con una habilidad digna de Portal o de cualquier otro zaquero famoso.

Hasta que el país, que es el dividido, se canse y diga: «¡Basta de matemáticas!»

La Epoca, explicando, con su aticismo habitual, el orden de la manifestación:

«Don Venancio González. Después el gremio de hortelizos.»

¿Con que melancolía están escritas esas palabras! ¿Que se creía La Epoca, que todas las legumbres estaban concentradas en el partido conservador?

Marques, en el mundo hay más. En todas partes cuecen Aba-rzuzas y Abas-cales.

La prensa conservadora reconoce que la manifestación ha sido un fracaso noble y ajeno a la voluntad de sus organizadores.

Gedeón considera mejor un fracaso noble y ajeno a la voluntad, etc., que un triunfo plebeyo de la voluntad de lo ajeno...

Pero esta es opinión particular. No vayan a creer Piave, Pifartos, Calinez y demás ministeriales caracterizados, amigos de Gedeón, que este silveliza ni apunta discrepancias.

De apuntar algo, preferiría a la sota, ya que ocasiones la sobran para ello.

Por supuesto, que la manifestación no ha tenido carácter político alguno.

Buena prueba de ello es que figuraban en los lugares más conspicuos, personas del todo apartadas de la política activa, como los Sres. Silvela, Aguilera, Sagasta, Gamazo, Barrio y Mier, Salmerón, Maura y otros por el estilo. Fuera de estos, había unos cuantos millares de personas que no son ex ministros ni ex directores siquiera.

¡Ah! Si todos esos señores nos hicieran bueno que no eran ya políticos, Gedeón se frotaría las manos de gusto.

Que echen al Gobierno, bueno. Pero que se echen ellos fuera también, y la manifestación habría servido de algo.

Tiene razón el Sr. Cánovas.

Para el, lo mismo son los manifestantes del primero de Mayo que los del nueve de Diciembre.

Eso: todos son manifestantes.

Con la misma lógica discurre el pueblo de Madrid.

Para el pueblo de Madrid, lo mismo es el señor Cánovas, que el Sr. Bosch, que el Sr. Gálvez Holguin.

Todos son conservadores.

Del folletín de El Imparcial, La Resurrección de Rombold:

«El viejo general, que había conservado hábitos matinales, se paseaba en el andén principal, las manos cruzadas por detrás y la cabeza descubierta.

«Tenía un periódico en la mano, y leía.»

—¿Con que ojo leía el viejo general?

Y dice la misma Epoca, con epigrafe en letra ne-grita, intitulándolo Una adhesión, que D. Antonio ha recibido cuatro líneas aprobatorias de un señor Antúnez, ex gobernador.

Menguado correo va siendo el de Nuestro Amo. Casi casi es mejor el del maestro Ferreras.

¿Recuerdas, ¡oh Póstumo Fabiel, aquellos tiempos en que rompiste los cáncillerescos lares de las felicitaciones de Bismark al propio D. Antonio?

¿Que hubierais hecho entonces con una carta de Antúnez?

¿Te acuerdas, ¡oh Teótimo Silvela!, de aquellos días en que D. Antonio recibió el Cordón de doce hilos que le enviaba el Shah de Persia? He los aquí ya hechos un ovillo al cordón y a D. Antonio.

Todo por culpa de los muchos antúnez que hay en el partido, que más que partido va pareciendo a las famosas almadrabas de Medina-Sidonia, de felice y picaresca recordación.

Chaves garantiza a Bosch, según nos dijo algo tarde. Bueno; pero aquí del cuento: ¿y quien garantiza a Chaves?

Maravillas del telegrafo:

«El buque se fue a pique, pereciendo en el siniestro 28 de sus tripulantes. Uno de los mismos consiguió salvarse.—Fabra.»

¡Salvarse después de perecer! Ese tripulante se parece mucho al ministro de Fomento.

Habla Jenofonte:

«Tiene la campaña de Cuba aspectos tan varios, que sólo por el hecho de sufrir con paciencia tanta contrariedad, merece la publica consideración de la isla.»

—¿Gran mérito es el de la paciencia, amigo Piave, y con el sólo han llegado a santos muchos que, con valor y energía, pudieran llegar a capitanes generales.

—Menester será, amigo Gedeón, crear una cruz verde del Merito militar para aquellas campañas en que se resuelva todo a fuerza de espera.

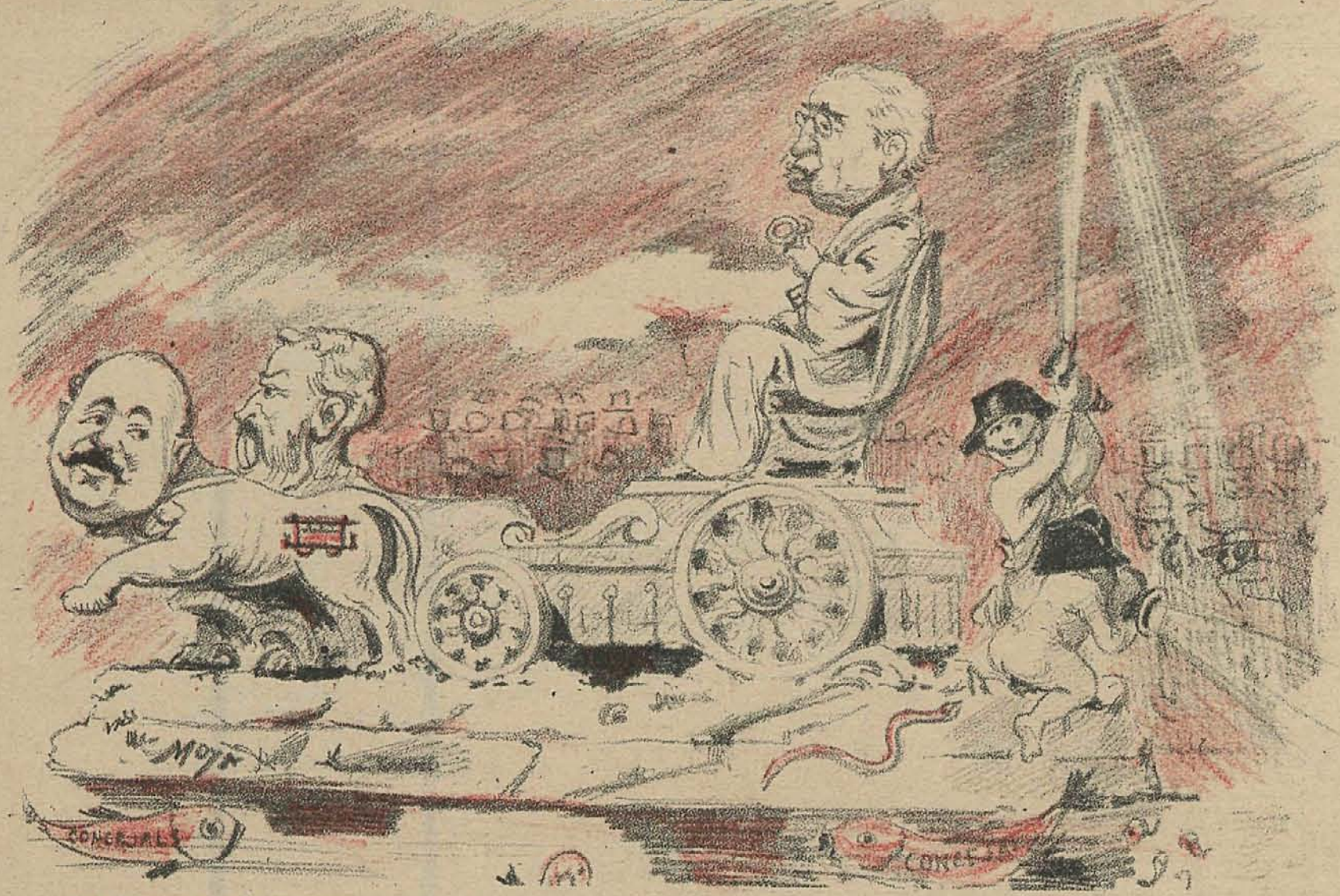
El marqués de Valdeiglesias asistió a la manifestación.

La escena que se desarrolló a su vuelta al hogar paterno de D. Antonio fue terrible, según nos ha referido el marqués de Casa-Piávez, familiar de la casa.

D. Antonio.—Pero ese chico, ¿dónde anda? Siempre estará enredando en la antesala con Castellano.

Alfredo.—Perdone usted, señor maestro; he ido al Prado a curiosear un poquito, porque me lo dijo Romero; pero ¡huy! que estaba allí el coco, uno a quien llamaban D. Alberto, que no era el tío, el de casa, y me vine corriendo.

D. Antonio.—Conque, ¿en el Prado, eh? ¡Angelito! Morlesin: este niño, ocho días sin postre; y si vuelve a salir sin mi permiso, le coges y le lees dos páginas del Solitario y su Tiempo; digo, no: del Solitario y su Nacional.



LA DIOSA.—Me parece que estos leones van á concluir por llevarme á mi casa, y meaos mal que los concejales no me han quitado las llaves de la Huerta.

NUEVO DICCIONARIO

de la Real Academia Gedeónica

(No confundirla con la de enfrente.)

(Continuación.)

ACERCAMIENTO.—Actitud que tomará Silvela cuando vuelva el general.
ACÉRIMO.—Pablo Cruz.
ACERTAR.—Cosa que todavía no ha hecho ningún hombre político en España.
ACERTINO.—El porvenir de Gamazo.
ACIAGO.—Moret.
ACICALADO.—El mismo.
ACÓLITO.—El marqués de Vadillo.
ACOMETER.—Acción que se le ha olvidado á Martínez Campos.
ACOMODADÍSIMO.—D. Martín Esteban.
ACRÓBATA.—Linares Rivas.
ACTA.—De diputado: mercancía que va costando muy cara.—De una sesión: enjuagatorio que se toma para hacer boca.—De un desafío: enjuagatorio también para no hacer cara.
ACTOR.—Gedeón no conoce ninguno que lo sea de verdad.
ACTRIZ.—Gedeón conoce una, partida en dos mitades por la calle del Príncipe.
ACTUACIÓN.—Judicial: operación que, por lo general, sólo da luz al juez y á los escribanos.
ACTUALIDAD.—Filon muy difícil de beneficiar. Para ello se necesita el auxilio de la bicicleta, del teléfono, del telegrafo, de la fotografía, y muchas veces del revólver.
ACUÑAR.—Operación que se hacía antiguamente, y que ha caído en desuso.
ACHAPARRADO.—D. Venancio González.
ACHICADO, DA.—Así estamos todos.
ACHISPARSE.—Feo vicio en que incurren *Los Lunes de El Imparcial*, por culpa de M. del Palacio.
ADELANTE.—¡Señor marqués!
ACÓNITO.—Sustancia tóxica que suele usar en vez de tinta, J. A., crítico, cuando habla de los que valen más que él, es decir, casi siempre.
ACONSONANTAR.—No hace otra cosa Felipe Pérez.
ACOLARSE.—Nunca lo conseguirán del todo Gamazo y Puigcerver.
ACQUINAMIENTO.—Situación de muchos concejales y de otros que no lo son.
ACORAZARSE.—También se dice *blindarse*. Operación que va á ser necesario hacer cuando quiera uno decir la verdad honradamente.
ACREDITADO.—Todo lo contrario de *concejal*.
ACRIAR.—Lo que había de hacerse con los hombres políticos.
ACTIVIDAD.—Infructuosa: la de Jenofonte Gallego.
ACTO.—En política, es casi siempre sinónimo de mamarrachada.—En los teatros por horas, el espacio de tiempo durante el cual el público se aburre, no se puede fumar, y la contratación se verifica en voz baja.—De contrición: deben hacerlo varios ministros cuanto antes.

PUNTO FINAL



REFRANES DE GEDEÓN

Manifestación de paso, cañazo.
 Romero es fuego, Silvela estopa, viene Urbina y sopla.
 Cada oveja con su pareja, y cada edil con su pareja de la Guardia civil.
 Amós con amós se paga.
 Dato escaldado, de la defensa huye.
 Al primer Gullón, zurrapas.
 A cada autor cómico le llega su teatro Martín.
 En casa del jabonero y en la Casa de la Villa, el que no cae resbala.
 Empleado que va á la (manifestación), bocado pierde.
 Lo mejor de los cívicos, es no jugarlos.
 En todas partes euecen á Bosch.
 Aunque Arimón se vista de Zeda, Arimón se queda.
 El buen concejal, en el arca se vende.
 Algo tiene Urbina cuando lo bendicen.
 Haz bien, y no leas á Liern.
 Amigo que no da, y Beránger que ni pincha ni corta, que se pierdan poco importa.
 A buen canovista, no hay Bosch duro.
 Cobra cesantías, y échate á Pasquín.
 Te veo, Silvela, que tienes el ojo claro.
 La letra, con *claque* entra.
 De Vital Aza y de bondad, la mitad de la mitad.
 Y dijo Cánovas: A la vejez, Cabriñanas.
 Un Gálvez Holguín no hace granero, pero ayuda al compañero, según afirma Ranero.
 A Ansorena muerto, gran lanzada. (Refrán de Arimón.)
 Cada Urbina hace de su capa un sayo.
 Con el tiempo maduran las uvas, pero para Silvela aún no están maduras.
 Cánovas quebrantan Peñas. (Peña Ramiro y Peñalver).
 Quien de concejal se viste, en la calle le desnudan.
 Puigcerver no ocupa lugar.
 De Becerra un pelo, y ese de la frente.
 Después de Dios, la casa de Bosch.
 Salmerón de lo que canta yanta.
 A quien Villaverde le dió la lata, Rodríguez San Pedro se la bendice.
 A dos cosas voy á Estado: por atún y á ver al duque.
 Los socios del Reformista no saben á qué carta quedarse.
 Zeda, á tus zapatos.
 Entre concejales, con *cogerlo* basta.
 Mal me quieren Nieva y Chaves, porque digo las verdades.
 Poquito á poco va hilando Silvela el copo.
 Aguilera prevenido (y sin prevenir) vale por dos.
 El ojo del Amo engorda á Castellano.
 Sagasta ve á Bosch en el ojo ajeno, y no ve á Moret en el suyo.
 Un Holguín hace ciento (número).
 Cuando la sartén chilla, música de Bretón hay en la illa.
 A proceso viejo, todos son Pugas.
 Más sabe el loco en su casa, que Esquerdo en la ajena.
 Carlista y pescador de caña, más comen que ganan.
 Detrás de Pablo Cruz está D. Práxedes.
 El país propone, y Cánovas dispone.
 Cada uno habla de la Huerta según le va en ella.
 El que en el Municipio escarba, lo que no quisiera halla.
 No por mucho Castelar, Abarzuza más temprano.
 Los dineros de Jakson Veyán, cantando se vienen y cantando se van.
 Timba con dos puertas, mala es de guardar.
 En casa del Borrero, sable de palo.
 De Cuba vendrá, quien de casa nos echará.